

## LA REUNIÓN

José Antonio

En el restaurante de postín del prestigioso chef Mario Sandoval, ese día se había reunido la *creme de la creme* de los familiares de Rodolfo, el fallecido.

Estaban todos desolados por su repentina y fatídica muerte; el cuál era un familiar muy allegado y apreciado por ellos. No se sabía bien cómo pudo caer desde aquella azotea de su edificio. Nadie vio nada. Nadie presintió tampoco nada. No se oyeron voces de disputa ni alaridos de sorpresa. Únicamente un vecino del edificio de enfrente distinguió desde su terraza el cuerpo de Rodolfo yendo abajo. Que se estrelló contra el asfalto de forma contundente, fruto de la gran altura desde donde se precipitó.

La policía investigó el asunto, pero parece ser que hasta ahora no ha encontrado indicios suficientes para asegurar si fue solo un accidente de Rodolfo que, involuntariamente, se cayó al vacío, o bien pudiera ser un acto delictivo de alguien que lo arrojó desde lo alto de la azotea en donde este se hallaba, y que presuntamente pudiera estar acompañado. Es lo que los inspectores estaban investigando, sin encontrar por el momento nada revelador que les indicara un posible motivo de su trágica muerte.

Casi toda su familia sabía de las andanzas de Rodolfo, de su pasión por las mujeres atractivas, de su afición, si no adicción, por el juego. Y sus correrías de juventud alrededor de las drogas. Drogas de diseño, porque Rodolfo era un niño bien, como se sabía y se le veía. Siempre de juerga en juerga, de discoteca en *after*. Así continuamente, día tras día y noche tras noche, hasta las altas de la madrugada e incluso, a veces, de las mañanas del día siguiente, o de días enteros después. Todo en él era una continua fiesta. No se quería perder nada de lo que la vida lujosa le ofrecía. Para eso su familia tenía posibles. Y esto él lo aprovechaba al máximo todo lo que podía.

En la sala del restaurante se había reunido su familia más cercana, al menos, parte de los que se encontraban en esos días en la ciudad, porque casi todos estaban viajando continuamente, en viajes de lujo a países exóticos y rocambolescos. Elegidos, no por pura diversión, sino elegidos a cuál más extravagante. Porque a falta de trabajo, su familia se divertía peregrinando sin fin a los sitios a donde a nadie se le había ocurrido ir antes, y de esos lugares ya quedaban pocos en el mundo. Ya solo les faltaba ir a la Luna, por decir.

Allí, entre plato y plato, los comensales habían elegido aquel sitio por su recuerdo de estar allí otras veces con Rodolfo. Y se prestaron a darse una buena comilona a la salud de su trágico pariente recién fallecido. Con idea de recordar sus vidas con él y hablar

de cómo era, de sus amoríos, de su existencia disoluta, de algo que les hiciera tenerlo en la memoria, aunque fuese por unas pocas horas de cháchara del ágape.

La hermana pequeña de Rodolfo no hacía más que sacarse *selfis*. Así estuvo toda la comida, dando por saco a los demás, obnubilada con su móvil nuevo de última generación. Su madre le advertía que dejara de hacer fotos de una vez y pasara a sentarse a la mesa con los demás. A estos les hacía gracia la simpatía de la niña, ella, tan dicharachera y exultante.

Alberto, el rubio siempre barbudo, primo de Rodolfo, jugaba distraídamente con los cubiertos, como si se aburriera de manera soberana: «Vaya tela, yo aquí en esta tarde de locos cuando debía de estar a estas horas en mi reunión con mis *brokers*. ¡Esto es una pérdida de tiempo descomunal! Total, ¿para qué? Si mi primo ya ha pasado a mejor vida. Y yo no lo echo de menos. ¡El muy pirado! Si estaba siempre burlándose de mí, de mi corte de pelo y de mi barba... ¡Decía que parecía un mono, el muy cretino!»

Junto a él se sentaba su amigueta, la bella Dorotea, la amiga de todos los que tuvieran una esplendorosa posición social. Allí donde había un rico, allí que se rozaba la Dorotea. Y había encontrado un auténtico *chollo* con este Alberto. Que no era un mal tipo, apreciaba ella, porque le compraba de todo lo que ella necesitase, solo tenía que pedirlo: y allí estaba su nuevo flamante regalo de lujo, para su chica preferida: «Este Alberto es un primor. Ya me lo dijo Samantha, de que lo encontraba muy apetecible: “Si tiene dinero, es alguien muy apreciable. ¡Conquistalo y vive con él, no desaproveches esta oportunidad única en tu vida, Dorotea! Y si con este no te sale bien la cosa, siempre puedes liarte con su primo Rodolfo. Porque ese sí que tiene pelás, no te jode”. Y yo hago mucho caso a mi amiga Samantha, la *encandilachicos*».

Al otro lado de la mesa se encontraba el hermanastro de Rodolfo, Gustavo, un chico introvertido al que nunca le había caído bien su pariente. Su madre se desvivía por su hijo mayor, Rodolfo, y a Gustavo lo dejaba de lado en cuanto podía; para él todo eran sinsabores en esta familia, teniendo con ellos la presencia omnipotente de Rodolfo, el privilegiado, el mandamás, a falta de su padre; el que, como padrastro de Rodolfo, era el que llevaba la voz cantante en la familia hasta que falleció en el accidente en St. Moritz. En el que nadie supo bien cómo pudo haberse despeñado de aquella cima tan elevada con el buen tiempo que hacía y cuando iba con su hijastro Rodolfo como único acompañante. Gustavo discurría: «El muy imbécil de Rodolfo. No sé cómo pudo morir mi padre estando a su lado. Él no apreciaba en absoluto a mi padre y no sé si pensar que le hizo alguna triquiñuela para deshacerse de él. ¡Cuánto lo echo de menos!»

La madre de Rodolfo, la señora Marquesa Elizabetha, era la más preocupada por su hijo. Se preguntaba cómo pudo haber ocurrido aquel suceso tan luctuoso, que había acontecido sobre su familia y que se propagaba injurioso desde la muerte de su marido Georges, el acaudalado hombre de negocios exitosos de construcción inmobiliaria, que había llegado hasta crear una gran ciudad en el Pacífico levantada ladrillo a ladrillo por sus empresas. Destacando tanto en los negocios que le concedieron como caballero la Orden Nacional de la Legión de Honor del Estado francés. Cosa que ella aplaudió con beneplácito, orgullosa de su marido. Y que ahora recuerda cómo murió, haciéndola sentir esa profunda pérdida irreparable para ella. Más aún cuando al poco tiempo ha ocurrido esto con su hijo preferido, Rodolfo. Su ojito derecho: «Todavía recuerdo a mi querido hijo Rodolfo paseándose con su *Lamborghini* por Puerto Banús con sus amigos, los hijos del Duque de Miranda, festejando su cumpleaños. Todos en la familia lo queríamos con locura. Era muy apreciado entre nosotros y no sé cómo pudo ocurrirle ese fatal accidente. No me lo explico...»

Y, por último, en la mesa del banquete de despedida de Rodolfo, nos encontramos a Isabel, «la morenaza Isabel», como la llamaba Rodolfo. Su otra prima. Esta, a diferencia del resto de su familia, sentía una gran admiración y fascinación por su primo, al que consideraba como un dios, alguien por quien quedar embelesada. Y, sobre todo, ella, que era de una gran belleza, algo así como exótica, para provenir de un país del norte de Europa. Y que a Rodolfo se le caía la baba cuando la veía.

«Se lo tenía merecido. Se desabrochó su camisa y quiso bajarme la falda, aprovechando que estábamos solos en la azotea; se abalanzó sobre mí y de un empujón lo rechacé. Por eso se cayó por la barandilla al vacío».

Afuera, en la calle, la tarde había dejado pasar a la noche, y del buen y apacible tiempo soleado de la jornada, ahora le prosiguió un anochecer desapacible y comenzaron a caer truenos que provocaron una tremenda lluvia que arreciaba sobre la ciudad.